



© Juan Herrero Senés

OCTAVIO LOIS AMADO

LOS HABITANTES DEL ESPACIO

Introducción y edición de Juan Herrero Senés

El texto que sigue a estas breves notas¹ supone, por lo que parece, la primera ficción en castellano en la que se narra un contacto entre humanos y seres de otros astros que tiene lugar en el planeta Tierra. Titulado «Los habitantes del espacio», se publicó en el año 1884 en dos números de la revista gaditana *La Academia*, y su autor es prácticamente desconocido: Octavio Lois Amado.

Octavio Lois Amado, nacido en Sangenjo en 1857 y fallecido en Pontevedra en 1888, fue un espíritu inquieto y curioso que compaginó su formación como jurista con su pasión por la

filosofía y las ciencias. Desde joven colaboró con ensayos y artículos en numerosas publicaciones tanto de Galicia (entre ellas el *Diario de Pontevedra*, *El Comercio Gallego* y el *Diario de Avisos de La Coruña*) como de ámbito nacional, así por ejemplo las reconocidas *Revista de España* y *Revista contemporánea*, y a partir de 1885 fue director de la prestigiosa *Revista de Vizcaya*. Ese mismo año obtuvo la Palma de Oro en la sección de prosa en el Concurso Literario Internacional patrocinado por la Academia de Mont-Real.

¹ Octavio Lois, «Los habitantes del espacio» apareció publicado en *La Academia* (Cádiz), núm. 91, 5 de junio de 1884, pp. 60-61, y núm. 94, 20 de julio de 1884, pp. 83-84.

Dejó dos libros que recibieron el elogio de la crítica: *Recreaciones científicas*, aparecido en 1881, y *Lo accesible y lo inaccesible: estudios populares de filosofía positivista*, publicado en 1886, el mismo año que obtuvo el puesto de subdirector del Instituto Meteorológico Central. Dos años después fallecía en Pontevedra. Se malograba así la carrera de un prometedor pensador.

Lois dedicó sus esfuerzos intelectuales fundamentalmente a la defensa de los postulados positivistas, alzando la tea de la racionalidad, la rigurosidad, la objetividad y el conocimiento sensible frente a la mera opinión, las creencias sin base, las ilusiones y los errores de juicio. En pos de ello no dudó en utilizar la letra impresa para divulgar las más modernas teorías científicas de su tiempo, y precisamente las escasas veces que aparece citado es sobre todo como uno de los primeros valedores en España de las teorías de Charles Darwin (1809-1882). Divulgó en la prensa los progresos de las ciencias y alentó las promesas de felicidad que ofrecían los avances tecnológicos como la electricidad o el vapor.

Dotado de una gran capacidad de trabajo, Lois encontró tiempo para escribir junto a sus ensayos algunos textos de ficción donde daba rienda suelta a su afán por conocer los últimos secretos de la realidad. La astronomía en particular ejercía sobre él gran atracción, y así en la primera mitad de la década de 1880 publicó varios cuentos en los que fabula con la posibilidad de tener acceso de primera mano, esto es, de experimentar acontecimientos que tenían lugar en el espacio exterior. Así, el cuento «Viaje interplanetario» (1882) narra una travesía en globo aerostático durante la cual los viajeros (el propio Lois y un anciano, propietario del vehículo) contemplan vida vegetal y animal en Marte, y posteriormente descienden a la superficie de Júpiter. La narración «La vida

de un rayo de luna» (1883) describe de forma poética, y dando voz al propio rayo, el trayecto de este desde la superficie del Sol hasta que pasa por el satélite y alcanza nuestro planeta. Entre medio se nos revela que hay plantas y animales en la Luna.

Lois era plenamente consciente de que sus cuentos constituían fabulaciones que ante todo expresaban la verdad de una ilusión, esto es, un deseo, y que las hipótesis presentadas, ajustadas al conocimiento del momento y plausibles, no habían podido todavía ser validadas científicamente. Por ejemplo, en el último cuento citado el observador del rayo hace notar que no será hasta el futuro, cuando estemos dotados de superior instrumental astronómico, que se corroborará la existencia de vida en nuestro satélite. Esta consciencia de ir más allá de los límites cognoscitivos que el propio Lois había identificado con claridad en sus ensayos (basta fijarse en el título de su segundo libro) hace que sus narraciones contengan en distintas formas un momento de paso atrás, de renuncia, que lo que hace en realidad es evidenciar el componente ficticio de lo que se describe. Así pues, los dos textos mencionados anteriormente se presentan, uno desde el principio y otro final, como sueños.

Todo lo aludido hasta ahora encuentra excelente ejemplificación en el cuento que aquí presentamos y que considero el más singular de su autor: «Los habitantes del espacio». Ahí se nos explica la historia de la caída de dos alienígenas en la isla de Fernando Poo, territorio español en 1858, año de la narración, y actual Bioko, perteneciente a Guinea Ecuatorial. Recogidos por una tribu local, las autoridades deciden enviar a los extraños visitantes a Madrid para que sean estudiados, y así los embarcan en un navío custodiados por un oficial inglés, que durante el trayecto y movido por la curiosidad descubre que los prisioneros hablan.

Como descubrirá el lector, la parte más sugestiva (la conversación entre alienígenas y humanos) se nos presenta, pero no se nos ofrece. La erosión de la información, la desaparición de lo que podríamos denominar la evidencia, es consustancial al relato, precisamente porque el pudor positivista de Lois le impide ir más allá de la enunciación. Pero la fascinación que para

los personajes envueltos en el destino del barco (el teniente, un viejo marino y el sobrino de este), contiene lo ocurrido (la comunicación entre humanos y extraterrestres) es buen reflejo de los anhelos del joven Lois y de su confianza en que la ciencia, al hacernos más sabios, nos hacía también mejores.

LOS HABITANTES DEL ESPACIO

El 20 de enero de 1858, la ciudad de Santa Isabel, única habitada por europeos en la isla de Fernando Poo, se había levantado con la aurora. Aun no teñían los dorados rayos del sol naciente las tranquilas aguas de la bahía, y ya la población parecía tan animada como en un día de solemne fiesta.

Todas las personas se dirigían a un punto determinado de la ciudad. Siguiendo con la vista la línea sinuosa de los grupos, podía percibirse que tomaban el camino que conducía al corazón de la isla. Diríase que se refugiaban al interior huyendo de un ataque marítimo o que algún acontecimiento extraordinario de diversa índole les llevaba hacia aquella parte.

En efecto, extraordinaria, más que extraordinaria, era la noticia que la noche anterior había traído a Santa Isabel un bubí comisionado por el rey indígena de Baanapea.

—Mi rey me envía —había dicho el asustado negro al gobernador de la isla— para que os presentéis sin pérdida de tiempo a nuestros estados, a reconocer dos seres

nunca vistos que cayeron ayer tarde dentro de una piedra negra desde la región de las nubes, en medio de una claridad vivísima y de un ruido prolongado como el de un trueno lejano. Zangabeta los mandó encerrar entre la empalizada de su palacio, y queda esperando vuestra visita. Los dos seres misteriosos tienen la forma de dos bolas pegadas, provistas de brazos parecidos a los nuestros, pero carecen de piernas y de otros miembros humanos.

Media hora después todo el mundo sabía en Santa Isabel la extraña nueva que el gobernador trataba en vano de ocultar. El pueblo se acostó impaciente, los hornos cocieron toda la noche, y aun no bien había despuntado el crepúsculo por oriente, los habitantes de la capital fernandina preparaban sus comidas campestres y echaban la llave a la puerta, con ánimo de pasar un alegre día lleno de emociones, cuyo carácter les era de todo punto desconocido.

Cuando llegó el gobernador a Baanapea seguido de todo el pueblo, salió a recibirle el rey Zangabeta, con su escolta de guerreros,

armados de largas lanzas con puntas de hueso y de piedra afilada. Después de las ceremonias de ordenanza, se dirigieron a la empalizada, donde permanecían los dos seres desconocidos en calidad de prisioneros. Algunos pasos antes se veía una gran piedra negra y brillante como el azabache, medio enterrada en el suelo.

—Es un magnífico aerolito —dijo un arrogante joven que ostentaba en su brazo las insignias de teniente de la marina real.

La multitud contempló aquella mole, que parecía vomitada del infierno, con ojos estupefactos. Pero pronto se abandonó aquel espectáculo por otro más interesante y distraído. Los hombres del cielo, como ya habían sido bautizados por los indígenas tan extraños prisioneros, acababan de asomar sus cabezas por encima de la valla que les rodeaba. Todas las miradas se dirigieron maquinalmente hacia aquel punto. Afectaban aproximadamente la rara forma que a grandes rasgos había descrito el bubí al gobernador de Fernando Poo. Dos esferas pegadas, la inferior mayor que la superior; varios ojos análogos a los humanos, rodeando lo que podría denominarse cabeza, debajo de los que se abría la boca sin dientes, por la cual asomaba una lengua delgada y movable: tales eran los principales caracteres de estos individuos zoológicos desconocidos en la fauna terrestre. Añadamos que de sus brazos largos y flexibles pendían manos de múltiples dedos que se estiraban y recogían como las uñas de los felinos y que de sus brillantes ojos se desprendían miradas que parecían inteligentes.

Nuestros héroes parecían abstraídos contemplando a la multitud que fijaba en ellos toda su atención. Los comentarios se improvisaban y se sucedían a cuál más extravagante; se les calificaba de precursores del Anticristo, de seres endemoniados, de habitantes de la Luna, etc. Con cada nueva opinión sobre el particular, surgía una disputa

más o menos acalorada; y de esta manera, entre gritos, apóstrofes y risas, se iba matando el tiempo y pasando el día de tan improvisada fiesta.

Pero el gobernador determinó que los dos cautivos fuesen conducidos a Santa Isabel para embarcarlos con rumbo a España a la mayor brevedad posible. Por la tarde, todo el cortejo emprendió el camino de la ciudad. Se preparó una sencilla litera conducida por negros, donde fueron transportados los interesantes personajes ultra-terrestres.

II

El 23 de enero del mismo año, el buque de guerra español *La Urraca* levó anclas en la bahía de Santa Isabel tomando rumbo hacia la península. Dentro, en una gran jaula atada sobre cubierta, iban los dos seres caídos del cielo, destinados a aumentar el número de la colección zoológica del Retiro.

Mandaba el buque en calidad de interino un joven teniente, grave y excéntrico como un hijo de Albión; el mismo que había examinado el aerolito caído en Baanapea. Desde que había observado en aquellos dos raros animales unos ojos inteligentes, los cuales, según el adagio vulgar, son el espejo del alma, y contempló su cabeza provista sin duda de su correspondiente encéfalo, surgió en su mente una idea atrevidísima, y se hizo el siguiente razonamiento:

—Dado un ser organizado, con un cerebro en condiciones de desarrollo inteligente, este ser debe pensar; y poseyendo además boca, lengua y cuerdas vocales, este ser debe hablar.

Después que la noche había cerrado, acercose cautelosamente a la jaula en que reposaban los dos incógnitos.

—Será en vano —decía mientras hacía crujir la enrejada puerta— no me entenderán más de lo que yo entiendo a un chino.

Pero aún no bien había terminado la última sílaba, cuando una voz dulce y débil como la de un niño, salida del interior de la jaula, balbuceó estas palabras:

—¡Acércate, que te entendemos!

Un cañonazo que hubiera estallado en sus oídos, no le habría causado mayor conmoción. ¡Hablar dos animales, caídos probablemente del espacio interplanetario y hablar en español...! Verdaderamente parecía cosa de brujería o de nigromancia.

Pero bien pronto se repuso del susto inesperado y penetró con aire resuelto en la jaula, permaneciendo en ella hasta cerca del amanecer.

Algunos marineros curiosos se acercaron cautelosamente, pretendiendo oír lo que pasaba en el interior de aquel misterioso recinto. Parecía indudable que hablaban; pero lo hacían tan bajo, que no era posible comprenderles una sola palabra.

Del mismo modo pasaron varias noches; en tanto *La Urraca* avanzaba sobre las olas, costeano regiones tropicales del África occidental. Nadie podía asegurar lo que ocurría entre el teniente y los enjaulados. Se le veía avanzar entre las sombras luego que cerraba la noche, dirigiéndose al castillo de proa, donde descansaba la susodicha cámara de hierro. Entraba sin hacer ruido y permanecía en ella hasta altas horas, según las ocupaciones del servicio se lo permitían. Durante el día se le observaba abstraído y cabizbajo, todo lo cual daba lugar a que ciertos maliciosos afirmasen que el capitán estaba *tocado* por aquellos brujos en forma de alimañas celestes.

Mas he aquí que inesperadamente, cuando el busque se hallaba ya en latitudes españolas, navegando con viento fresco, se desencadenó

una furiosa tempestad del tercer cuadrante que le llevaba hacia el NE con una velocidad vertiginosa a lo largo de la costa portuguesa. Rompió el palo mayor, luego el trinquete; penetró el agua a torrentes por todos los lados sin que bastasen bombas ni cubas a desahogar la embarcación, y esta, próxima a zozobrar sin esperanzas, bailaba como un débil corcho sobre las olas. Se acordó abandonarla apresuradamente. El teniente, en medio de lo urgente del caso, se decidió a bajar a su camarote, y abriendo una pequeña caja recogió un rollo de papeles manuscritos que ocultó rápidamente en su pecho. Un bote le esperaba con cuatro vigorosos remeros: lanzose a él y empuñando la caña del timón, se alejó de *La Urraca* entre montañas de agua y de blanca espuma. Dos botes más que servían de juguete a las olas se hundieron ante su vista. Poco después el gigante buque desaparecía de la escena, para descender a habitar las profundidades del océano.

Con él, dentro de la jaula de cubierta, perecían también los dos seres misteriosos que tanto habían dado que hablar en Santa Isabel y entre los marineros de la embarcación. ¡El parque zoológico de Madrid se quedaba sin dos hermosos ejemplares!

Mi tío D.M., ayudante de marina de uno de los más pintorescos puertos de Galicia, regresaba de una urgente inspección por la costa cierta noche oscura y tormentosa del año 1858, atravesando a paso de carga la dilatada playa de Silgar, dando la espalda a la cruda tempestad de lluvia y viento que a la sazón reinaba en aquellas regiones del noroeste, cuando de repente sintió que su pie derecho tropezaba con alguna estrecha abertura a guisa de saco o bolsa de paño que se interponía en su molesto camino.

Tan brusco como inesperado obstáculo le hizo perder el equilibrio y caer de bruces con toda la longitud de su cuerpo sobre una masa blanda y fría, recubierta al parecer de tela empapada en agua. Su boca chocó involuntariamente contra otra boca helada e inerte, y sus manos encontraron necesario apoyo en dos brazos insensibles, abandonados a su propio peso.

Holgando explicaciones, el lector habrá comprendido que se trataba del cuerpo de un náufrago, arrojado sin duda por las enfurecidas olas durante la recia tempestad de aquellos días. Quizá cualquier profano en lances de esta índole se hubiese muerto de miedo sobre el presunto cadáver que tenía entre sus brazos; pero no son los marinos gentes vulgares y apocadas cuando se trata de actos de valentía o de abnegación. Así es que sin perder el menor tiempo en reflexionar, dirigióse al ya cercano puerto, cuyas lucecitas rojas que servían de señal brillaban a intervalos entre la densa oscuridad de la atmósfera; y al poco tiempo volvía acompañado de la autoridad local y demás individuos necesarios para transportar el cuerpo del desamparado náufrago, que yacía tendido sobre el húmedo lecho de arena.

En poco tiempo fue conducido a la propia casa de mi tío y desnudado de sus pocas ropas. El médico del pueblo creyó observar en él algún vestigio de vida y ayudado de dos personas más, después de expelerle en lo posible el agua contenida en el estómago y vías respiratorias, comenzó a poner en práctica la *respiración artificial*, con lo que consiguió a los pocos

minutos una completa y feliz reacción a la vida del que se contaba ya en el número de los muertos. A la mañana siguiente, después de repetidos cuidados, el náufrago pudo pronunciar algunas palabras y explicar en parte a mi tío su origen y procedencia. Era ni más ni menos que el excéntrico teniente de *La Urraca*, perdida el día anterior en la proximidad de aquellas latitudes. Una de las primeras cosas por que preguntó fue por su chaleco de goma en el cual había guardado cierto legajo de papeles interesantes. Mi tío corrió inmediatamente hacia el puerto donde conservaba custodiada dicha prenda y encontró en un bolsillo, permeable como todo él, aquel rollo de papeles que tanto interesaba, el cual entregó a su dueño.

—Aquí conservo datos preciosos para una historia que parecerá fantasía y es pura realidad —dijo;— si yo me muero, sea Vd. su poseedor. Es la relación auténtica de dos seres misteriosos que no pertenecen a nuestro planeta y que acaban de perecer en este fatal naufragio.

El teniente continuó refiriendo a mi tío punto por punto todo lo que dejó consignado en este inverosímil relato.

A los pocos días el débil enfermo, atacado de vómitos de sangre, a consecuencia del rompimiento de un aneurisma, exhaló el último suspiro, dejando a mi tío en posesión del misterioso legajo, que poco tiempo ha tuvo a bien entregarme para que con ayuda de él pudiese entretenerme en confeccionar un libro al que sirven de prólogo estos desaliñados renglones.